

progresos de tan poderosa secta, que, so pena de perecer, debía el Estado pagano asimilarse ó destruir, y Decio, hombre de estrechas miras y de carácter duro, que en su amor á la tradición, soñaba en resucitar los muertos, en devolver al senado su autoridad y á Júpiter su rayo, se encargó de vengar á los dioses.

En efecto, el emperador promulgó un edicto, que se fijó al público en todas las ciudades, para la busca y castigo de los cristianos. Comenzaba pues una guerra de exterminio. Al principio pareció eficaz, porque se puso en el empeño más habilidad que fiereza, tendiendo todos los esfuerzos y miras de los procónsules á obtener apostasías. «Los tormentos, decía San Cipriano, no acababan nunca, como quiera que eran calculados, no para dar la corona, sino para cansar la paciencia.» Con esto fueron muchas las caídas. «Por salvar su vida, el hijo renegaba de su padre, el padre denunciaba al hijo.»

«En Cartago, el mayor número de los hermanos desertó á los primeros amagos del enemigo. No esperaron á que se les interrogara; sino que para salvar las riquezas que tenían sus almas cautivas, corrían de suyo á sacrificar en los altares de los dioses falsos, y aun suplicaban al magistrado que los recibiera sin demora á quemar el incienso impuro y que no dejara para otro día lo que debía asegurar su eterna perdición.»

Las mismas escenas se repitieron en Alejandría, en Esmirna, en Roma, en todas partes. Hasta se vieron obispos caer y arrastrar en su caída á toda su grey: Trofimo de Arles condujo por sí mismo á los cristianos á los altares de los ídolos. Otros con algún dinero compraban la tolerancia: los *libeláticos* fueron muy numerosos. Estas flaquezas están en la naturaleza humana, y no es maravilla que el cristianismo hubiera perdido, al extenderse, algo de su virtud primera.

Con todo eso, la persecución de Decio parece no haber sido tan sangrienta como se supone (1). No siempre fué un decreto de muerte la sentencia inevitable: unos fueron sólo despojados de sus bienes, otros condenados á destierro, otros á prisión: Babilas de Antioquía y Alejandro de Jerusalén, ya de edad avanzada, no pudieron sufrir sus rigores y murieron en ellos. El cristiano más temible, porque era entonces el más célebre, Orígenes, fué cargado de cadenas y amenazado con la hoguera, sin que *el hombre de acero* flaqueara, ni menos cediera: los verdugos se cansaban antes que la víctima. Diéronle libertad al fin y vivió todavía cuatro años (2).

Como la persecución se había anunciado ruidosamente, muchos cristianos tuvieron tiempo de huir. Los jefes más caracterizados, Cipriano de Cartago, Dionisio de Alejandría, Gregorio el Taumaturgo, se sustrajeron al peligro, abandonando su ciudad episcopal para vivir en un retiro poco alejado desde donde se comunicaban con los fieles. Y debió de ser fácil para muchos ponerse, como ellos, á buen recaudo, huyendo de los lugares de peligro. De estos fugitivos, algunos fueron á refugiarse entre los mismos bár-

(1) Excepto en Egipto, donde sin duda hubo un gobernador particularmente animado contra los cristianos. En Alejandría un tumulto popular costó la vida á muchos cristianos antes de que se promulgara el edicto de Decio (Eusebio, *Hist. eccl.* VI, 41). Después de la promulgación del edicto, hubo muchas caídas y cierto número de mártires. Sin embargo, Dionisio, obispo de Alejandría á la sazón, sólo cuenta nueve hombres y cuatro mujeres mártires. Hubo á buen seguro más.
(2) Orígenes, á quien se llamaba Ἀδαμάντιος (Eusebio, *Hist. eccl.* VI, 14), tenía entonces sesenta y cinco años, y acababa de escribir, entre 245 y 249, su gran tratado contra Celso, el Ἀγὼς ἀληθῆς. San Cipriano decía de los confesores africanos: *Nec cessatis supplicii, sed vobis potius supplicia cesserunt* (Ep. 10).

baros, otros al desierto: el eremita San Pablo vivió en aquella soledad hasta la edad de noventa y ocho años; es decir bastante tiempo para que San Antonio pudiera recoger su último suspiro y su ejemplo. Así nació de la persecución el orden monástico, el más terrible instrumento de las persecuciones futuras.

Los martirologios cuentan en esta época considerable número de mártires; pero graves autores no se atreven á garantizar la autenticidad de estas actas, llenas de anacronismos y maravillosas leyendas, como las de los *Siete Durmientes* de Efeso, que encerrados en una caverna, cuya entrada se había murado, salieron vivos doscientos años después. Pero no es bueno tampoco caer en el exceso contrario, deduciendo de estos piadosos fraudes que hubo muy pocas sentencias de muerte. El edicto de Decio revela desde luego la intención de dar un buen golpe (3): algunos de los jefes de la Iglesia, obispos ó doctores, y como siempre, gente del pueblo y esclavos, perecieron sin duda en esta prueba.

Las más ilustres víctimas fueron San Saturnino, primer obispo de Tolosa; Pionio, presbítero de Esmirna, que rescató con su sacrificio la apostasía de su obispo (4), y Fabiano, obispo de Roma, cuya silla estuvo vacante por espacio de año y medio. Pionio fué crucificado al mismo tiempo que un marcionita. Los herejes tenían también sus mártires. Si ellos nos hubieran contado su historia, habrían añadido gloriosos capítulos á aquel grande y terrible poema de la persecución, que conservó en las almas, á través de los siglos, la llama del sacrificio y todavía suscita nobilísimas abnegaciones.

Desencadenada la tempestad sobre la Iglesia por aquel á quien llama Lactancio *el animal execrable*, no duró verdaderamente más que algunos meses.

En efecto, desde fines del año 250 puede decirse que gozaba ya de nuevo la paz la perseguida Iglesia, y antes de la muerte de Decio todos los confesores habían salido de la prisión á que fueran condenados (5).

El emperador tenía muchas otras cosas en qué pensar y qué hacer para entretenerse en atormentar á hombres inofensivos á causa de sus creencias. Kniva y sus fieros godos lo obligaban á preocuparse antes del imperio que de los dioses; y aun así le faltó tiempo, dejando á su muerte inacabada su empresa. La persecución no había tenido mejor éxito que la censura de las costumbres; pero ésta quedó como una curiosidad inocente, mientras aquella había hecho correr lágrimas y sangre, dando manchado su nombre al juicio de la historia.

II.—ESTRAGOS DE LOS BÁRBAROS EN EL IMPERIO, VALERIANO.—PERSECUCIÓN DE LOS CRISTIANOS (251-260)

En las críticas circunstancias en que el ejército se encontró después de la derrota y muerte de Decio, no tenía tiempo ni calma para esperar una decisión del senado, y en esta disposición de los ánimos, obtuvo Galo sin dificultad la púrpura imperial por el voto de sus legiones (6). A

(3) San Cipriano (Ep. 52) habla del odio de Decio contra los obispos. Véanse en la *Vida de Gregorio el Taumaturgo* la severidad de las órdenes comunicadas á los gobernadores para que persiguieran á los cristianos.

(4) Con él fué también martirizada una esclava fugitiva.

(5) Si las Actas de San Acacio son auténticas (Böland. 10 marzo) el mismo Decio hubo de decretar la libertad de este obispo.

(6) C. Vibio Treboniano Galo nació en 206, según Aurelio Víctor, y en 194, según la *Crónica de Alejandría*. Acaso era africano originario de la isla de Meninx

fin de alejar de sí la sospecha de haber hecho traición á su príncipe, tomó por colega al hijo segundo de Decio, llamado Hostiliano, y casó á su hijo Volusiano, á quien había nombrado César, con la hermana del segundo Augusto. Poco tiempo después, murió éste apestado, ó tal vez á manos de un asesino.

Un tratado vergonzoso había permitido á los godos repasar tranquilamente el Danubio con su botín, sus prisioneros y la promesa de un subsidio anual pagado en buena moneda de oro; pero habían encontrado el imperio tan débil y rico á la vez, que era de temer otra visita de parte de

Kniva ó de otros caudillos no menos fieros y belicosos. Háblase, en efecto, de nuevos combates en la Panonia, combates que por fortuna el gobernador Emiliano, mauritano de origen, supo tornar en su favor. Estos ligeros triunfos inflaron el corazón de sus tropas, cuyo orgullo militar había deprimido el tratado de Galo con los godos. La distribución entre los soldados del dinero del tributo gótico acabó de seducirlos y proclamaron á su general.

El hambre y la peste desolaban las provincias, sin turbar la vida afeminada que Galo hacía en Roma, y los pueblos lo hacían responsable de todas aquellas calamidades. Emi-



Treboniano Galo (Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, núm. 73).

liano penetró sin obstáculo en Italia, hasta la ciudad de Terni, donde encontró á su rival. Una promesa de dinero, hecha á los soldados de Galo, decidió la defección y con esto fueron asesinados el emperador y su hijo (febrero 254) logrando el vencedor algunos días de reinado.

Este vanidoso personaje prometió al senado renovar la gloria de los grandes emperadores, para lo cual dejaría á los Padres conscriptos la administración de la república, mientras que tomando para sí mismo los trabajos de la guerra, iría á expulsar á los bárbaros del Norte y del Este. Y ya se había dejado representar en las medallas con los atributos de Hércules Victorioso y de Marte Vengador.

Pero aun antes de la muerte de Galo, Valeriano á quien este príncipe había encargado llevarle en socorro las legiones de la Galia y de Germania, había sido proclamado á su vez por ellas mismas en la Recia. Roma tuvo pues si-

multáneamente tres emperadores: la catástrofe de Terni suprimió uno, y Valeriano ni aun tuvo necesidad de combatir al otro. Los soldados de su rival, que se sentían más débiles, y resentidos acaso de las promesas hechas por su príncipe al senado, cortaron por lo sano y enviaron al nuevo Augusto la cabeza de Emiliano. Fué degollado el misero cerca de Espoleto, en un sitio que, de esta catástrofe, conservó el nombre de *Puente Sangriento*. Apenas había imperado tres meses.

Se encuentra en este tiempo un prefecto de Roma, que había sido *conde* de los domésticos, título nuevo y reservado á un grande esplendor. Ya hemos visto *duques* y *presidentes*: en el gran consejo de guerra celebrado en Bizancio en 258, estará el emperador rodeado de ellos. He aquí cómo el *amigo del príncipe* viene á ser un funcionario; cierto Claro se llama prefecto de la Iliria y de las Galias, y

durante el principado que comienza, habrá como dos imperios: el de Oriente, en que Valeriano hará la guerra, y el de Occidente, en que Galieno su hijo será el Augusto. Los elementos de la próxima reforma están en preparación.

Vamos á entrar en el período llamado de los Treinta Tiranos, es decir, en la más espantosa confusión. Con esto iremos más de prisa en esta historia, como se aprieta el paso en los sitios de mal nombre y en las regiones de *malaria*.

El mismo desorden que hay en el Estado se encuentra



Volusiano, hijo de Treboniano Galo (Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, núm. 74).

ba las opiniones y protegía á los hombres de mérito: Claudio, Aureolo, Postumio, Ingenuo, Aureliano, etc., fueron distinguidos por él, y Probo le debió sus primeros honores.

Pero la dirección de los negocios, en época tan perturbada sobre todo, exigía más que buenas intenciones: era menester una inteligencia clara y viva, firmeza y perseverancia, y Valeriano, por desgracia, no tenía estas cualidades. Por otra parte, llegaba muy tarde al imperio: la vejez es la edad del reposo y no la de funciones que piden la doble energía del alma y del cuerpo.

Para combatir á Galo, había traído á Italia Emiliano las mejores tropas de la Panonia, y para socorrerlo Valeriano había conducido lo más escogido de las legiones del Rin.

(1) P. Licinio Valeriano era de antigua familia y tenía ya acaso 63 años de edad.

en las narraciones que hablan de ello. Hasta la cronología es incierta, porque los príncipes se suceden demasiado pronto para tener tiempo de acuñar monedas que fijen las fechas. Lo que se ve bien es que toda la barbarie se arroja sobre el imperio; que los francos recorren la Galia; que los alamanos pasan el Rin; los godos y escitas el Danubio y el Euxino, y los persas el Tigris y el Eufrates.

Valeriano era un ciudadano honrado que había merecido ser el censor de los demás, por haberlo sido siempre de sí mismo; muy digno de la segunda magistratura, pero no de la primera (1). Procuraba aliviar á los pueblos, escucha-



Hostiliano, segundo hijo de Decio (1)



Treboniano Galo coronado de laurel (Medallón de bronce.)



Volusiano, hijo de Galo, ciñendo corona radiada (3)

dado por donde sus turbas penetraban en la provincia. Una vez pasada la línea fortificada (*castra*) (2), llegaron á poblaciones desarmadas, que se espantaban á vista de aquellos guerreros de largos mostachos rubios, que armados de formidable francisca, pasaban ríos y montañas por el gusto de ver, de matar y de incendiar ciudades y quintas.

Los Pirineos no los atajaron ni el estrecho de Hércules, y los moros también vieron con espanto á aquellos hijos de otro mundo, cuyos instintos destructores debían revelarles más tarde los vándalos. Entre las ciudades españolas saqueadas ó destruidas por los francos, cita Eusebio la gran ciudad de Tarragona (4), á la que no bastó siglo y medio para borrar las huellas de tal devastación. Ilerda, en tiempo de Ausonio, no era más que un montón de escombros; y en el siglo quinto, habla Orosio de muchas ciudades españolas arruinadas. Si, como decíamos historiando el principado de Augusto, hubiera sabido el imperio dar á las asambleas provinciales una existencia segura, si las milicias municipales del siglo primero hubieran subsistido en el tercero, á buen seguro que España habría dado buena cuenta de aquel puñado de merodeadores; pero el aislamiento de las ciudades les impidió organizar la defensa común.

Galieno daba poca importancia á estos males: el sol de España y de Africa y la civilización cuyo contacto es mortal á los bárbaros, cuando no son bastante numerosos para sofocarla, debían acabar con aquellos audaces aventureros. Se limitó á detener el grueso de la nación en el Rin con una multitud de escaramuzas y ligeros encuentros y finalmente recurriendo al medio tan á menudo empleado de

cuya autenticidad se ha puesto en duda sin motivos suficientes. Verdad es que Aurelio Víctor da 32 años á Galieno al tiempo de su advenimiento.

(1) Caius VALENS HOTILIANVS (sic) MESIVS QVINTVS Nobilis Caesar (Gran bronce).

(2) Parece que entraron en Galia por el valle del Mosela, donde se han encontrado muchas monedas de aquel tiempo, que sin duda fueron enteradas á su aproximación.

(3) IMPERATOR CAESAR CAIVS VIBIVS VOLVSIANVS (sic) AVGVSTVS (Moneda de oro).

(4) Eusebio pone la toma de Tarragona por los francos en 263. Según Orosio (VII, 22), hubieron de estar en España desde 256 á 268.

Aureliano, cuya severidad le parecía excesiva para aquel tiempo, y sobre todo, para su hijo. Lo confió á Postumio, hábil hombre de guerra, á quien nombró duque de la frontera riniana y gobernador de la Galia.

Bien que los romanos tuvieran aún sus plazas fuertes del Rin, los merodeadores francos encontraban siempre en la inmensa extensión de las fronteras un punto mal guar-

comprar al caudillo bárbaro, que hizo por él la policía de la frontera. Después de esto, que era bien poco, tomó el título de *Cermánico*, y se hizo representar en las monedas, domando los dos ríos, el Mein y el Rin, de los cuales el uno defendía la Galia contra los germanos y el otro abría la Germania á las invasiones romanas. Aureliano se distinguió en esas laboriosas campañas: destruyó cerca de Maguncia un cuerpo franco, y se han conservado tres versos de una canción de sus soldados, que dice:

*Mille, mille, mille, mille, mille decollavimus.
Mille Sarmatas, mille Francos occidimus,
Mille, mille, mille, mille, mille Persas quærimus* (5).

En 258, una sedición de las legiones de Panonia llamó á Galieno á esta provincia; y no bien estuvo sofocada, cuando los alamanos, que no encontraban por dónde entrar en la Galia, muy bien guardada por Postumio, se arrojaron sobre Italia y avanzaron sobre Ravena. En tiempo de Aureliano, se jactaban de haber llegado al Po cuarenta mil de sus jinetes y saqueado buena parte de la península. Era la primera vez, desde los cimbrós, que los germanos pisaban, de otra manera que cautivos, el suelo sagrado de la vieja Italia.

Los Alpes no eran pues una barrera infranqueable, y el temor de los tumultos gálicos, que cuatro siglos de victorias habían disipado, volvía á inquietar los ánimos. Roma tuvo miedo, y en ausencia de los emperadores, prescribió el senado levas y armó á los ciudadanos: era el primer acto de virilidad á que se resolvía, después de tanto tiempo de flaqueza.

Los alamanos, sin duda menos numerosos (6) de lo que supusieron después y ya cargados de botín, tomaron en desorden el camino de los Alpes. Galieno tuvo tiempo de acudir de la Panonia, y derrotó cerca de Milán algunos destacamentos (258 ó 259). Con la esperanza de prevenir la repetición de semejantes incursiones, practicó en el Danubio la política que parecía dar buenos resultados

en el Rin, la de las alianzas compradas con dinero ó con honores: al efecto, se casó con una hija del rey de los marcomanos, llamada Pipa, y la sentó al lado de la emperatriz Cornelia Salonina. La rubia germana vino á ser la favorita del príncipe y la señora del palacio, donde Salonina se consoló de haberlo perdido todo, salvo ciertos honores, filosofando con el jefe de la nueva escuela de Alejandría (7).

Hay que referir sin duda á la invasión de los alamanos



Valeriano laureado (IMP. C. P. LIC. VALERIANVS AVG. (Gran bronce)

(5) Vopisco, *Aurel.* 6. La fecha de este hecho es incierta. Tillemont la anticipa sin duda fijándola en 242, porque la carta de Valeriano al prefecto de la ciudad, en que el emperador lo llama *liberator Illyrici, Galliarum restitutor*, y alude á los considerables servicios que acababan de poner á Aureliano en alto predicamento, es de 257.

(6) Zonaras dice 300.000; pero añade que Galieno los derrotó con 10.000.

(7) Pipa, á pesar del amor de Galieno, no pasó de concubina. De ella no queda una medalla ni una inscripción, mientras á Salonina se le da siempre el título de *Augusta*. En las monedas de Galieno se ven los bustos de los dos esposos. Existe una moneda de Salonina con la leyenda *in pace*, que es una fórmula cristiana. No creemos, sin em-